

gica de una escritora que fué; alzo su libro que vuelve a ocupar el hueco entre los otros y así, oculto casi, le miro y pienso por qué tanto olvido ha caído sobre sus páginas amargas.

Te ofrendo, *in memoriam*, esta voz sobre el silencio de los años, Teresa de la Cruz.—MARÍA CAROLINA GEEL.



SOBRE JOSEPH CONRAD, por J. C. J.

A fines de 1947 apareció en Francia en las ediciones Gallimard, la «Vida de Conrad», por G. Jean Aubry. Es la más escrupulosa y completa biografía del gran novelista, elaborada después de largos años de pacientes búsquedas. G. J. Aubry ha seguido con fidelidad y hondura la vasta producción conradiana, habiendo traducido al francés la mayor parte de sus maravillosas novelas. Por otra parte, mantuvo estrechas vinculaciones de amistad con el gran escritor y sus familiares. Han sido, precisamente, esas relaciones cordiales con él, sus hijos y amigos, lo que le han permitido adentrarse en la comprensión de las obras de Conrad y reconstruir minuciosamente sus diversos viajes, trazando la más completa y encantadora semblanza de su vida, la que tiene por sí misma el atractivo y la intensidad de una fascinante novela.

Conrad nació en 1857 en Polonia. Su padre, Apollo Nalec Korzeniowski, era un escritor estimado y un ardiente patriota, que había secundado los esfuerzos de los dirigentes que trabajaban secretamente para liberar a Polonia de la opresión rusa. Fué arrestado en 1861 y condenado poco después a deportación a Vologda, en el norte de Rusia. Su esposa y el joven Conrad de seis años de edad, lo siguieron. La madre de Conrad no resistió los rigores del clima y murió en 1865. El joven fué enviado, entonces, a Ukrania, a casa de su tío Tadeo Bobrovski. Algunos años más tarde su padre fué autorizado por el Tzar para que se

trasladara a Algeria, a cuidar de su salud, franquicia que no pudo aprovechar, pues murió en Cracovia, en 1869. Sus funerales dieron lugar a una grandiosa manifestación patriótica. Así quedó huérfano el joven Conrad, quien continuó sus estudios en Cracovia. En 1872 expresó su resolución de llegar a ser marino, ante el asombro de sus amigos. Su tío creyó ver solamente un capricho de adolescente en este deseo. Pero, en 1873, en el curso de un viaje a Suiza, Conrad manifestó que su decisión era inquebrantable. Esta vez su tío cedió y lo envió a Marsella para que se incorporara a la marina mercante francesa.

Joseph Conrad llegó a Marsella en 1874, donde permanecerá hasta 1878, cruzando varias veces el Mediterráneo y el Atlántico hasta las Antillas. Desde mediados de 1878 se incorporará a la marina mercante inglesa, en la que navegará hasta 1894. Durante veinte años recorrió todos los mares del globo y visitó los más extraños y exóticos lugares, viviendo apasionantes aventuras. En 1894, a los 37 años, abandonó toda relación con el mar. Influyó en ello su mala salud, derivada de una permanencia en el Congo. Desde 1894 hasta 1924, durante treinta años, se dedicó por entero a la evocación novelesca de sus viajes y aventuras. La fecha precisa en que empieza a escribir es el año de 1890, cuando inicia la redacción de «La locura de Almayer», su primera novela, aparecida años más tarde, en 1895. Al año siguiente dió «El Paria de las Islas», y en 1897 ve la luz pública «El negro del Narciso».

Los años que pasó Conrad en Marsella constituyen los más felices de su vida. Desde los 17 a los 21 vivió en este puerto inmenso y encantador; ahí aprendió sus primeros conocimientos marítimos y desde él realizó sus primeros viajes. Será aquí donde le ocurran algunos de sus más sentidos e indelebles acontecimientos.

Conrad llevó a cabo su primer viaje en el «Mont Blanc», un velero de tres mástiles, que se dirigió desde Marsella a las Antillas, para permanecer dos meses en Saint-Pierre de la Mar-

tinica y tocar en otras islas. Este crucero duró alrededor de seis meses, la segunda mitad del año de 1875. El viaje fué dramático para Conrad, pues al regreso lo cogió una larga tempestad que duró varios días y ocasionó graves averías a su barco. El primer semestre de 1876 estuvo en Marsella en medio de reuniones y conversaciones con otros muchachos tan soñadores y entusiastas como él. Se embarcó en julio en el «Saint-Antoine», en dirección a la Martinica otra vez. En la tripulación de este bricbarca se encontraba el corso Dominic Cervoni: su larga experiencia, la seguridad de su mirada, la fuerza contenida de su naturaleza, despertaron en el joven Conrad no solamente una viva simpatía sino una admiración y un afecto que no debían borrarse jamás de su corazón; a su vez, Cervoni se interesó por este joven extranjero entusiasta y ávido de saber. Dominic fué el verdadero mentor de Conrad y un mentor especial que despreciaba las leyes, que profesaba un caluroso escepticismo y que tenía un gusto firme por las aventuras peligrosas. Precisamente, en este segundo viaje a las Antillas, Cervoni y el joven Conrad tomaron parte en una misión delicada e ilegal que consistía en llevar un cargamento de armas y municiones a una de las repúblicas de Centro América, parece que a Honduras. Luego, regresaron costeano América central y la costa septentrional de América del Sur: Cartagena, Puerto Cabello, La Guayra. Esta aventura les ocupó los meses de octubre y noviembre y reflejos de ella se encuentran en diversos pasajes de la obra posterior de Conrad y, además, constituye la base de su extraordinaria novela «Nostromo», unida al relato que conoció acerca de un audaz robo de lingotes de plata.

A principios de 1877 está de nuevo en Marsella haciendo vida de café; escuchando la música de moda: Rossini, Verdi, Meyerbeer, Offenbach; concurriendo al teatro, al que era muy aficionado su amigo Cervoni. En esta época protagoniza una nueva y dramática aventura. A pesar que la guerra carlista de 1875-76 estaba prácticamente terminada, por lo menos en el país vasco,



Conrad tomó parte, a influencia de los salones legitimistas que visitaba en Marsella, muy ligados a las ambiciones y esfuerzos de don Carlos, en una serie de expediciones de contrabando de armas con el objeto de abastecer a los carlistas. Participó en unión de otros jóvenes, no porque estimasen a don Carlos y sus reivindicaciones, sino que solamente por su juvenil deseo de aventuras peligrosas. Tratarían de hacer pasar armas y municiones en la costa oriental de España (Mediterráneo). Para ello alistaron un balandro de 60 toneladas, que Conrad designa con el nombre de «Tremolino», dirigido por Cervoni. La empresa era arriesgada; los viajes debían ser clandestinos; era preciso despistar la vigilancia de los guardacostas, tocar tierra en lugares peligrosos, evitar a los aduaneros y carabineros, tomar contacto con arrieros verdaderos o supuestos, que debían encontrarse tal día en tal lugar de la costa, desconocido de todos. Dominic comandaba con pericia estas empresas y continuaba educando a Conrad en los achaques del mar. Después de varias vueltas la aventura terminó bajo una lluvia de balas de los carabineros y casi son apresados por un guardacosta. Esta empresa significó para Conrad un corto e intenso idilio con la atrayente y seductora Rita de Lastaola (nombre con que la designa en su novela «La Flecha de Oro», donde narra sus aventuras en Marsella y, principalmente, su romance, y cuyo verdadero nombre ha quedado perdido totalmente), extraordinaria mujer, de gran situación económica que había ayudado a financiar las empresas contrabandísticas. A raíz de este idilio Conrad tuvo un duelo con otro pretendiente desdeñado, quedando ambos heridos, en febrero de 1878. Rita lo cuidó cariñosamente y apenas lo dejó restablecido se alejó misteriosamente de su lado, para no comprometer el porvenir del apasionado joven. Fué con motivo de este asunto sentimental que Conrad abandonó Marsella, después de una estada de cuatro años felices. En abril del mismo año se embarcó en el «Mavis», barco inglés que fué al Mar de Azof y, a mediados de junio, regresó al puerto de Lowestoft, costa este

de Inglaterra. Así, a los 21 años, llegó a este país no sabiendo ni una palabra de inglés, país que sería con el tiempo su patria de adopción y su lengua la verdadera lengua de Conrad, de tal suerte que llegaría a ser el novelista más artístico y uno de los estilistas más notables de la literatura inglesa.

Desde julio de 1878 hace el cabotaje en Inglaterra; después, como simple marino, viaja en un hermoso velero de 1,000 toneladas a Australia. En seguida, de nuevo recorre el Mediterráneo y en junio de 1880 dió satisfactoriamente su examen de Teniente 2.º. En agosto de este mismo año parte para Australia regresando por el Cabo de Hornos a Inglaterra, después de 8 meses. Ascendió a Teniente 1.º, embarcándose en el «Palestina» con rumbo a la Insulindia, barco que se quemó en alta mar (lo ha inmortalizado con el nombre de «Judea» en su maravillosa novela «Juventud») cerca de Sumatra. Con motivo de esta tragedia llegó a Singapur. Posteriormente, dió nuevos exámenes para recibir su título de Capitán de altura y navegará hasta 1894.

A medida que sus responsabilidades crecieron experimentaba mejor ese sentimiento de solidaridad que comunica la vida en común de una tripulación sometida a las mismas obligaciones del combate diario, al mismo tiempo que se impregnará cada día más de ese sentimiento de libertad, de acción individual en la soledad de los grandes espacios marinos, de esa satisfacción de poder respirar a gusto, lejos de los convencionalismos o de las tiranías políticas o sociales; satisfacción que sería la base de una obra hermosa y fascinante en la que tantos personajes están separados de los grupos sociales y de sus convencionales vistas, y al mismo tiempo irresistiblemente comandados por algunas convicciones y algunas obligaciones profundamente humanas.

